

colegio de cardenales : aquellas momias no comprendian por qué Pablo III no habia de hacer en el siglo XVI lo que Inocencio III habia hecho en el XIII. La bula fué, pues, formulada y firmada, pero el Papa no se atrevió desde luego á publicarla. Un historiador católico dice «que la publicacion no hubiese servido más que para irritar á Enrique, y que hubiera expuesto á la autoridad pontificia al desprecio y al ridículo. Se resolvió suprimirla por el momento, y el rayo destinado á castigar la apostasía del rey fué guardado silenciosamente en el arsenal del Papa » (1).

Grande es el apuro de los ultramontanos en presencia de tanta debilidad. Para salvar el honor de la Santa Sede hacen una suposicion ridícula : si Pablo III no publicó su bula, dice *Sanderus*, es porque tenía razones para esperar que Enrique VIII volveria á la obediencia de la Iglesia de Roma (2). Esta explicacion está contradicha por el carácter y la política de Enrique VIII, está contradicha por la correspondencia del Papa con los príncipes cristianos. Antes de lanzar el entredicho sobre Inglaterra, Pablo III se dirigió á todos los reyes solicitando su apoyo ; cuando se creyó seguro del concurso del emperador, de la Francia y de la Escocia, lanzó su bula. *Pallavicini* dice que el Papa no la hubiera publicado si no hubiese contado con el auxilio de los príncipes (3). Carlos V y Francisco I hicieron promesas formales á Pablo III. Celebraron una tregua de diez años, bajo la mediacion del Soberano Pontífice, y se comprometieron, en caso de entredicho, á romper todo comercio entre sus súbditos y los comerciantes ingleses. Pero apenas fulminó el Papa sus censuras, el emperador, protector nato de la Santa Sede, y el rey *cristianísimo* prohibieron la publicacion de la bula en sus estados. Cuando Pablo III envió al cardenal Polo á los dos reyes para excitarles á tomar las armas contra Enrique VIII, Carlos V volvió á enviar el legado á Francisco I con excusas de poco momento. El rey de Francia se negó á recibirle hasta que el emperador hubiese dado garantías de sus opiniones. Por su parte el emperador no quiso dar un paso antes

(1) LINGARD, *Historia de Inglaterra*, t. VI, p. 334.

(2) SANDERUS, *De schismate anglicano*, p. 111 (ed. de 1587).

(3) PALLAVICINI, *Historia Concilii Tridentini*, lib. IV, c. 7, núm. 6.

que Francisco hubiese recibido al cardenal. El Papa, dice *Lingard*, se vió así burlado por la mala fe de los dos monarcas (1).

Los analistas romanos se extienden en vivas quejas contra los príncipes cristianos, y sobre todo contra el emperador, patrono de la Iglesia. *Raynaldi* acusa á Carlos V «de haber preferido los intereses de una ambicion vulgar á la gloria de combatir por la causa de Dios y de vengar las injurias de Cristo. Esta misma ambicion, dice, le llevó á contraer una alianza impía con Enrique VIII, en menosprecio del juramento que habia prestado de no celebrar jamas tratado con él mientras no se hubiese reconciliado con la Santa Iglesia. Despues de haber importunado al Papa con sus quejas contra el rey de Inglaterra, despues de haberle excitado á castigarle, el emperador se unió al rey apóstata para llevar á cabo la conquista de Francia » (2). Estas amargas censuras, estos estériles lamentos prueban que la córte de Roma, lo mismo que sus defensores, están fuera de la realidad ; una guerra contra Inglaterra para sostener el entredicho pontificio era tan imposible en el siglo XVI como la union de los príncipes cristianos contra los infieles, por la sencillísima razon de que el interes político gobernaba completamente á los reyes. El desden de los rayos pontificios fué más léjos todavía : vióse al rey *cristianísimo* coaligarse con Enrique VIII, el excomulgado, despues á Carlos V, el rey *catolicísimo*, contraer una alianza íntima con aquel mismo Enrique VIII que el Papa habia entregado á Satanás, cediendo á las incesantes provocaciones del emperador. En esta cuestion tuvo razon el Papa de escandalizarse. Era á la letra la abominacion de la desolacion : los Hijos de la Luz, aliados con los de las Tinieblas, á despecho del vicario de Cristo. A las acusaciones de la córte de Roma respondió Carlos V que el Papa permitia á Francisco I hacer alianzas con los Turcos, que el vicario de Cristo era cómplice de esta monstruosa alianza, y por consiguiente, fautor de los enemigos de la cruz (3).

Compárese la excomunion de Felipe Augusto y el entredicho

(1) LINGARD, *Historia de Inglaterra*, t. VI, p. 424-429.—RIBIER, *Cartas y Memorias de Estado*, t. I, p. 411.

(2) RAYNALDI *Annales*, 1536, núm. 24 ; 1537, núm. 13.

(3) SARPÍ, *Istoria del Concilio Tridentino*, lib. I, c. 60 y 71.

lanzado sobre el reino de Francia por Inocencio III, con la excomunión y el entredicho lanzados por Pablo III contra Enrique VIII y la Inglaterra. En el siglo XII no se trata ya de un cisma; la Francia permanece fiel á la Santa Sede, solamente peligra la moralidad cristiana; por más que el rey de Francia tiene á su favor el clero galicano, el Papa no titubea, no se guarda la bula en el bolsillo, como Pablo III; no mendiga el apoyo de los príncipes; tiene un apoyo más fuerte, la conciencia cristiana, la adhesión de los fieles; el rey se ve obligado á ceder bajo la presión de la opinión pública. En el siglo XVI, el papa no piensa siquiera en la moralidad cristiana; no es la escandalosa conducta de Enrique lo que provoca el entredicho, sino la defección de Inglaterra, el cisma. El papa no lanza sus rayos por conservar la santidad del matrimonio; lejos de esto, el vicario de Dios está pronto á dar la aprobación de su infalibilidad á la inmoralidad más desvergonzada. Solamente cuando su autoridad se ve despreciada, cuando se le escapa la Inglaterra, se decide el papa á fulminar sus censuras. Pero los rayos pontificios no son más que vanas palabras; el obispo de Roma no tiene los pueblos á su favor, y los reyes le abandonan. ¡Qué signo de los tiempos! El reinado del Pontificado ha terminado; los hombres no necesitan ya de los vicarios de Cristo para hacer su educación; aquellos pretendidos órganos de Dios no piensan ya ni aún en moralizar á los príncipes y á las naciones, no se cuidan más que de una cosa, de la dominación; pero en su ceguera no ven que el poder implica una misión que cumplir: en cuanto no tienen nada que hacer en beneficio de la humanidad, no tienen ya razón de ser.

§. II.— El Pontificado durante la reacción católica.

N.º 1.— El Concilio de Trento.

A dar crédito á los defensores de la Iglesia, el concilio de Trento ha inaugurado la reacción del catolicismo y acabado con herejía. Los historiadores protestantes han ayudado en nuestros días á idealizar esta reacción; con la elevada imparcialidad que

distingue á la ciencia alemana han celebrado la vida nueva que animó al catolicismo á fines del siglo XVI, las virtudes de sus santos, las grandes instituciones de caridad que el celo religioso produjo en el seno de la sociedad católica. La realidad está lejos de corresponder á este ideal. ¿Qué es la reacción católica? Un regreso al catolicismo de la Edad Media; en cuanto es posible un regreso á lo pasado. Como el Pontificado era la institución que los protestantes perseguían con más pasión, con más odio, la ley natural de las reacciones debía ser fortalecerlo. Tal fué en efecto el espíritu del concilio de Trento. Pero importa ver cómo sucedieron las cosas, para reemplazar con la verdad los cuadros más ó menos imaginarios de los escritores católicos.

Teniendo el concilio por misión providencial restaurar el Pontificado, parece que los papas han debido tomar la iniciativa de esta última asamblea de la cristiandad ortodoxa. Sin embargo, un contemporáneo, que veía de cerca á los soberanos pontífices, dice que tenían á los concilios la misma afición que el diablo al agua bendita (1). Esto no es una maledicencia de protestante; lo dice un cardenal que lo escribió á Carlos V, y sus palabras son la expresión exacta de la verdad. El emperador impuso el concilio á la Santa Sede, porque los protestantes lo reclamaban; en cuanto á los papas, agotaron los recursos de la sagacidad italiana para impedir su convocación, y una vez convocado, para acelerar su disolución (2).

Todo el mundo sabe que el temor del concilio fué la pesadilla de Clemente VII durante toda su vida, y que empleó todos los medios imaginables para librarse de él (3). A pesar de la audacia de los escritores católicos para negar lo que no les conviene, no han negado la antipatía de Clemente VII, el vicario de Cristo, hacia las asambleas en donde reina el Espíritu Santo; pero han pretendido que Sarpi, el ilustre historiador del concilio de Trento,

(1) HEINE, *Briefe an Kaiser Karl von seinem Beichtvater*, p. 378.

(2) MOCENIGO, *Relazione di Roma*, 1560 (ALBERI, II, 4, p. 24): « *Li pontefice, vedendo con parole hanno dimostrato di volere un concilio generale, con gli effetti non l'hanno mai voluto, se non sforzati; anzi si vede manifestamente che, non solamente loro, ma i cardinali ei prelati ancora l'abborriscono.* »

(3) SORIANO, *Relazione* (ALBERI, II, 3, 312).